

ÁRBOLES PARA UNA CAPITAL. ÁRBOLES EN EL MADRID DE LA ILUSTRACIÓN

Daniel Crespo Delgado, ediciones Doce Calles-Fundación Juanelo Turriano, Madrid, 2012. 179 págs.
ISBN 978-84-9744-137-7

A partir de la conmemoración del segundo centenario de la muerte de Carlos III los estudios sobre el Madrid ilustrado alcanzaron un notable desarrollo. Obras colectivas como *Carlos III y la Ilustración* y *Carlos III. Alcalde de Madrid*, ambas editadas para la ocasión en 1988, continuaban una importante línea de investigación que tenía como referente el clásico estudio de Yves Bottineau sobre *L'art de cour dans l'Espagne des Lumières* (1986) y otros trabajos académicos como *La arquitectura española de la Ilustración* (1986) de Carlos Sambricio, que antecedieron a la edición en castellano de *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* (1992) de Jean Sarrailh; todas ellas obras de consulta obligada para los estudiosos de este periodo. A partir de entonces, los trabajos de Fernando Chueca, Luis Cervera, Virginia Tovar, Pedro Navascués, Delfín Rodríguez, Pedro Monleón y José Luis Sancho, entre otros, implementaron las investigaciones sobre la arquitectura monumental de la España de las Luces, e hicieron posible la aparición, en paralelo, de otros trabajos dedicados a estudiar los grandes proyectos de reforma de las ciudades más importantes del reino y las intervenciones urbanísticas más destacadas realizadas en la capital y su entorno, teniendo como paradigma dos obras de Carlos Sambricio: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración* (1991) y *Madrid: Ciudad y Región. I. De la ciudad ilustrada a la primera mitad del siglo XX* (1999). En los últimos veinticinco años la investigación histórica ha resuelto muchos de los temas y problemas en relación con el territorio, ciudad y arquitectura de esta apasionante época, incluida la relación

dialéctica entre Arquitectura y Naturaleza. Sobre este último aspecto, poco se ha reflexionado acerca de aspectos relativos a la conservación de la naturaleza o la política forestal en la España ilustrada, ejes sobre los que pivota una buena parte del gran debate en torno al proyecto de progreso defendido por la modernidad, aun considerando los interesantes estudios de Luis Urteaga sobre la política forestal o el más reciente Marc Martí sobre *Ciudad y campo en la España de la Ilustración* (2001), planteados desde una óptica claramente diferenciada de los trabajos realizados por historiadores del arte sobre la jardinería y el paisajismo.

Árboles para una capital, de Daniel Crespo Delgado, asume el reto de resolver este problema de forma audaz, novedosa y solvente desde la Historia del Arte, con el aval añadido del rigor con que siempre ha planteado sus obras este joven historiador, cuyas reflexiones se han centrado en los valores existenciales e intelectuales de la Ilustración y en el análisis del concepto moderno de desarrollo, tanto en su dimensión política, ideológica y cultural, como en aquellos aspectos relacionados con lo territorial y el desarrollo de la tecnología y de la ingeniería civil. Este interesante estudio centra su interés en un importante aspecto que hasta hoy había pasado un tanto inadvertido. Como ya hemos referido, la bibliografía de los últimos años ha analizado con detalle, a través de algunos trabajos ejemplares, las actuaciones puntuales que se programaron y se realizaron sobre el entramado urbano del Madrid ilustrado, con el objeto de transformar

la ciudad heredada en una capital moderna y representativa. Del mismo modo, se han estudiado la construcción de monumentos emblemáticos, la pavimentación, limpieza e iluminación de calles, la apertura de paseos y vías de comunicación, la modernización de la red de carreteras y los efectos más positivos de una renovada política de obras públicas. No obstante, las intervenciones vinculadas con la nueva política territorial en relación con el agro y, en concreto, el intento de reforestar grandes extensiones de terreno con la plantación de árboles en el entorno de Madrid, no ha merecido la atención necesaria. Los propios contemporáneos fueron conscientes de que la anhelada capital no lo sería sin un entorno diferente al existente, sin una periferia con grandes masas arboladas, verde y productiva, como lo afirmó Floridablanca de manera concluyente: las iniciativas llevadas a cabo para "asear y adornar" la capital, serían insuficientes si "sus cercanías parecen desiertas".

Según se avanza en la lectura del libro destaca un interesante aspecto que surge de manera nítida y precisa: si bien el objetivo prioritario de esta magna empresa fue conseguir un Madrid renovado en sintonía con otras grandes ciudades europeas, su finalidad fue más amplia, rebasando los estrechos límites de la capital y su región. La deforestación fue común en España, en especial en las regiones del interior peninsular, y durante toda la Edad Moderna endémica en el antiguo reino de Castilla; por ello se convirtió en objeto de preocupación del reformismo cortesano. Es más, la mayoría del pensamiento ilustrado confió en que si la situación de Madrid podría revertirse, ejercería de modelo en otras zonas del país, como de hecho se planteó en algunas regiones de Andalucía, Aragón, Cataluña o Murcia, convirtiéndose en un efectivo estímulo para el anhelado cambio de la nación.

La importancia que este fenómeno tuvo en la España ilustrada se pone de manifiesto en las actividades emprendidas por varios organismos e instituciones como la Secretaria de Estado, la Real Sociedad Económica Matritense y otras sociedades análogas de amigos del país, y el interés demostrado por los políticos e intelectuales implicados con ellas en las tareas reformadoras. El *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos, los

Escritos políticos de Floridablanca, o parte de la extensa obra de Campomanes, son un magnífico ejemplo ello, como las iniciativas emprendidas por la duquesa de Osuna y el cardenal Lorenzana, y la difusión de las obras especializadas de los madrileños Esteban y Claudio Boutelou –*Tratado de la huerta* (1801) y *Tratado de las flores* (1804)– y un largo etcétera donde necesariamente se han de incluir las de Heri-Louis Duhamel y Antonio José Cavanilles.

Pero, quizá, lo que reclama mayor atención del libro, tanto para el lector especializado como para cualquier persona culta preocupada por los temas de la Naturaleza, es el manejo y control por parte de su autor de un amplio y variado conjunto de fuentes inéditas, manuscritas e impresas, utilizadas con rigor. A ello nos tenía acostumbrado pues en sus obras anteriores –*El paisaje del progreso. Las obras públicas en el Viaje de España de Antonio Ponz* (2008) y *Un viaje para la Ilustración. El Viaje de España de Antonio Ponz* (2012)– ya había dado muestras concluyentes de una gran formación y un extraordinario rigor intelectual. A lo largo de las páginas de este bello libro, además de una abundante documentación inédita procedente principalmente de los archivos Histórico Nacional, Municipal de Madrid y de la Real Sociedad Económica Matritense, se utilizan una gran cantidad de fuentes impresas: tratados económicos y agronómicos, reales órdenes, relación de viajes o informes especializados y, de manera extensiva, el vaciado de un filón tan rico como el de la prensa periódica, cada vez más importante en este periodo. Muchas de ellas inéditas o prácticamente desconocidas como el *Método fácil para cultivar los almendros en los secanos cerca de Madrid* (1786) de Antonio Ponz; otras, como el *Discurso sobre el problema de si corresponde a los Parrocos y Curas de las Aldeas de instruir a los labradores en los buenos elementos de la economía campestre...* (1784) de Francisco Grisellini, cuyo sólo título nos manifiesta el interés de los sectores ilustrados en un país en el que "los que labran no leen y los que leen no labran". La correcta utilización de esta variedad de fuentes ha permitido al autor esclarecer la situación de los bosques madrileños, avanzar las medidas legislativas e iniciativas que se adoptaron para revertir su lamentable estado, quién las emprendió, cuáles fueron los

obstáculos, los resultados obtenidos y, por supuesto, las razones que fundamentaron todo este fenómeno, motivando la diversidad de factores económicos, sociales, climáticos, estéticos y representativos que se arguyeron para multiplicar los árboles en el paisaje de Madrid, a la vez que se establecen las distintas líneas de intervención ensayadas, desde las leyes más coercitivas a las medidas más liberales, y las dificultades que se encontraron para su aplicación más eficaz. De ahí la parquedad de los logros: se ha de poner necesariamente de relieve que el resultado final no estuvo a la altura de las expectativas y puede calificarse, por tanto, de fracaso pues el entorno de la capital no cambió, y por ende el del resto del país. Muchas fueron las causas, coincidentes en su mayoría con las que se constata en cualquier actuación territorial y urbanística frustrada: falta de soluciones a los problemas técnicos planteados y un cúmulo de limitaciones presu-

puerarias, administrativas e incluso sociales, al no poder neutralizar la desigual distribución de la propiedad y la sobreabundancia de una clase propietaria rentista poco amiga del progreso. No obstante, se deben señalar algunos efectos positivos de la consideración moderna de este fenómeno: sin duda se acrecentaron los conocimientos agronómicos y dasonómicos y, por encima de todo, se consolidó un argumentario a favor de los árboles y de las masas forestales, de tal manera que lo verde será a partir de entonces un rasgo ineludible no sólo de las capitales sino de los territorios que aspirasen a la modernidad.

En fin, un libro bien resuelto, breve, bien escrito y en una bella y elegante edición, que cumple con una de las máximas más famosas del *Ars poetica* de Horacio: "instruir deleitando".

Miguel Ángel Castillo Oreja
Universidad Complutense de Madrid